

El Museo y la exposición: múltiples lenguajes, múltiples signos

Por Martín R. Schärer.

Miembro del Consejo Ejecutivo de ICOM, antiguo presidente de ICOM-Suiza y de ICOFOM. Director del *Alimentarium*, Museo de la Alimentación de Vevey, Suiza.

La exposición representa, con notoria ventaja sobre los otros, el medio de comunicación más importante de un Museo. La exposición puede considerarse como un sistema cultural productor de sentido, un fascinante medio de comunicación donde los objetos son los elementos fundamentales.

Los miles de *objetos* que rodean a cada individuo constituyen por lo tanto el punto de partida de esta reflexión sobre la museología. Los objetos no tienen más importancia que la que les otorga su relación con el ser humano y con la sociedad; pero, además de rodearnos, con frecuencia son conservados, bien sea por la función para la cual se utilizan (un aspecto que no atañe a la museología) o bien por los valores que se les atribuyen. Estos valores pueden ser materiales (arte, oro o estampillas consideradas como una inversión económica) lo cual los sitúa nuevamente por fuera de la incumbencia de la museología; o, en lo que por el contrario resulta un aspecto fundamental de ésta, se conserva a los objetos por los valores ideales que les son asignados: valores estético, heurístico, de recuerdo (souvenir) o de símbolo, que constituyen lo que denominaremos la 'musealización'.

Por medio del *proceso de musealización*, el cual es siempre una decisión humana en tanto acto intelectual y físico, los objetos son, en cierta manera, retirados de la vida, lo cual a la vez retrasa paradójicamente su muerte física. Al musealizarlos, se convierten en testigos de la memoria individual o colectiva, con un carácter de referencia que les ha sido atribuido por el hombre y que no deriva jamás del objeto en sí mismo. Se convierten en objetos de museo y adquieren una nueva cualidad: la 'musealidad'.

Por definición, la musealización puede ocurrir en cualquier lugar: se musealiza el centro histórico de una población cuando es restaurado y protegido, o una quinta que otrora sirvió como lugar de descanso, o un jardín. Sin embargo, el lugar privilegiado y socialmente más adecuado para que ocurra la musealización es el museo, cuya actividad principal consiste en conservar objetos en virtud de los valores que se les atribuyen. La recolección, el mantenimiento, la conservación y la restauración de los objetos, así como la investigación, conforman una tarea importante del museo; la otra, igualmente esencial, es la comunicación de los objetos, ante todo mediante exposiciones.

En su *función de comunicación*, el museo visualiza bajo la forma de exposición unos eventos ausentes en el espacio y el tiempo, ayudándose de unos objetos que han sido musealizados y le sirven como *signos*. Lo específico de una exposición como lugar de visualización es el espacio en el cual el visitante puede moverse, dotado de libertad para observar, a su manera, los objetos presentados. Para efectos de la exposición se ha seleccionado apenas una pequeña parte de esa fracción ínfima que representan los objetos coleccionados frente al inmenso universo de los objetos del pasado y el presente.

Pasado el positivismo, se sabe que la historia no puede reconstruirse y los objetos conservados no dan ninguna información sobre la forma como eran utilizados antaño (información cultural), aparte de algunos indicios materiales, es decir, informaciones estructurales. Una situación de exposición representa entonces por definición una *realidad ficticia*. Las exposiciones no pueden hacer otra cosa que visualizar, representar, es decir presentar y explicar en un nuevo contexto. Conviene recalcarlo, porque la presencia de objetos originales parece conferirle una 'autenticidad' a la

exposición, pero necesariamente debemos constatar que siempre los objetos estarán organizados y escogidos, aún cuando se muestren sin ningún comentario en una vitrina.

La *situación de exposición* está determinada por cuatro factores: los hechos, los elementos de la exposición, el autor y el visitante. Los hechos que se deben visualizar (y que por definición están ausentes) constituyen el mensaje. La dificultad principal respecto del mensaje de una exposición es que es imposible saber si cada visitante lo captó realmente tal como lo quiso el autor de la exposición. Esto se debe, por una parte, a la libertad que tiene el visitante de poder organizar la visita a su gusto, y por otra parte a la polisemia de los objetos-signos, la cual permite innumerables connotaciones a partir del código personal de los distintos visitantes. Los objetos-signos no bastan, ellos solos, para representar unos hechos. Se requieren otros medios de comunicación: el lenguaje, en primera instancia, pero también gráficos, mapas, espectáculos audiovisuales, etc. Los elementos de la exposición pueden agruparse en tres grupos: los objetos originales recontextualizados (objetos de museo) y los objetos didácticos creados para la exposición (maquetas, por ejemplo); luego los medios de la puesta en escena tales como vitrinas, colores e imágenes, y finalmente los elementos espaciales, que generalmente están predeterminados (la sala, el edificio, etc.). Dichos tipos de elementos pueden combinarse para dar lugar a todo tipo de *lenguajes*, entre los que se cuentan principalmente el estético (el placer de ver), el didáctico (que se propone transferir conocimientos), el teatral (que trabaja esencialmente con dioramas y desea sugerir una experiencia) y finalmente el asociativo cuyo fin es estimular una reflexión al combinar los objetos de una nueva manera.

La comunicación mediante una exposición tiene de particular que está decalada en el tiempo, puesto que el autor y el visitante no están presentes simultáneamente. Esta circunstancia le da a la exposición algunas características de los *medios masivos*, lo que hace difícil de controlar la comunicación. Sólo cuando el visitante se hace presente se establece una comunicación. De cierta forma, la exposición se crea con cada visitante, de manera nueva y diferente cada vez, en la medida en que cada uno percibe los hechos personal e indirectamente. Es por esta razón que una exposición da siempre, a la vez, interpretaciones, valores, modelos del mundo y de la historia. Respecto de esto conviene destacar el poder que el museo es susceptible de ejercer, del cual debe tomar conciencia con un claro sentido de su responsabilidad. Citemos, por ejemplo, las escenificaciones de la historia encargadas por un gobierno y que no dan pie a ninguna interpretación divergente; las ideas sobre el pasado que continúan repitiéndose sin tomar en cuenta que la investigación las ha revaluado ya completamente; y, mucho más positivamente, la función de generar identidad para la población de un país, de una región o de una minoría.

Dos exposiciones museológicas

Lo que se dijo arriba pudo ser ilustrado cabalmente por dos exposiciones temporales realizadas en el Alimentarium, museo de la alimentación Vevey, Suiza. La primera llevaba por título **700 años en el menú. Siete exposiciones expuestas. La alimentación en Suiza desde la baja Edad Media nuestros días. Siete maneras de presentar la historia en el museo.**

Su introducción mostraba una copia ideal de una sopera, con un tamaño muy superior al normal, la cual se presentaba como un 'objeto en si mismo' (ver imagen). Es imposible mostrar en un museo las relaciones originales de función y de sentido de un objeto, su vida anterior, su realidad concreta; por este motivo la vitrina que estaba inmediatamente bajo la sopera estaba simplemente vacía, sin ninguna puesta en escena. A los costados, ocho presentaciones proporcionaban ocho visiones posibles para el objeto: este ejerce un efecto sobre el visitante (realidad personal) y es reinterpretado en el museo en un contexto ficticio (realidad inventada).

Enseguida se presentaban siete realizaciones posibles, de hecho siete exposiciones diferentes, todas ellas serias en su intención y que pretendían mostrar lo que ha sido la alimentación en Suiza. En realidad, no mostraban sino aspectos parciales. Incluso la sumatoria de las siete aproximaciones a un mismo tema no podía dar tampoco una imagen completa. ¡Ni siquiera un

número infinito de exposiciones hubiera podido lograrlo! Los títulos de estas exposiciones parciales indicaban claramente las intenciones de cada puesta en escena y las funciones que ésta le atribuía al objeto: museo-depósito, museo-sueño, museo-libro de historia, museo-teatro, museo-escuela, museo-discusión, museo-relato.

La exposición **Historia de objetos**, por otra parte, abordaba el tema bajo un ángulo totalmente diferente. Pretendía mostrar al ser humano en su relación con los objetos que tienen que ver con la alimentación. El visitante podía descubrir innumerables objetos relativos a la alimentación en un decorado que sugería cocinas. Primero aquellos que se consideran útiles y se conservan por su función de uso. Se habían escogido como ejemplo dos operaciones culinarias básicas: cortar y cocinar. Luego aquellos objetos a los que se les atribuyen valores: los que se consideran preciosos, o bellos, o a los que se les otorga un valor de recuerdo, de testimonio o de símbolo. Lo esencial era mostrar este mensaje: los objetos sólo existen por las personas. Para hacer visible esta idea habíamos instalado en medio de la sala un 'objeto potencial' (un tenedor enorme) el cual bajo cierta mirada del visitante se volvía 'objeto vivo' con características propias.

En la parte central de la exposición el visitante motivado podía volverse activo. Esta parte estaba consagrada a la musealización de la alimentación y de su cultura material. La musealización es una fase transitoria. Para tomar conciencia de ella se invitaba al visitante a traer él mismo un objeto al museo, inscribirlo en el inventario y buscar un entorno adecuado para exhibirlo.

La tercera parte, la mayor, mostraba por un lado todos los objetos relativos a la alimentación que pertenecen a la colección del Alimentarium y que no se exhiben, clasificados en orden numérico y 'enjaulados' en estanterías de depósito; por el otro, la cultura de la alimentación visualizada en unas vitrinas donde los objetos se estaban expuestos buscando evidenciar los valores que se les atribuyen. Como los objetos pueden decir apenas muy poco sobre su vida previa a la musealización, el visitante podía encontrar información sobre ellos y su ambiente original de dos maneras: consultando un computador o escuchando historias de objetos contadas cada tarde por una guía.

Estas dos exposiciones representaron una verdadera aventura museológica, dado que intentaban combinar *reflexiones teóricas* con la *expografía* misma. Así, esperamos haber podido visualizar en forma de exposición lo que es nuestra definición de una exposición: una representación visual y una explicación de hechos ausentes mediante objetos musealizados como signos.

Traducción de Eduardo Londoño L., Museo del Oro, Bogotá, 2000, con autorización del autor.

Publicado originalmente como 'Le musée et l'exposition: variation de langages, variation de signes' en: Comité international de l'ICOM pour la muséologie, ICOFOM. 2000. *Cahiers d'étude*. ICOM, Conseil International des Musées, Paris.